



La vida en un puño

novela

Silvia Ribelles de la Vega



314. - PARIS. - La Place
et la Colonne Vendôme - A. C.

Pues si esto era la vida, si esta brecha
en mitad de la muerte era la vida,
si este escozor relámpago en los ojos,
si este sol en la boca,
si este soplo de brisa en la garganta,
si estas tremendas ganas de subirse a los árboles
eran la vida, entonces
¿para qué tanto escándalo,
tanto fruto prohibido,
tanta miel en los labios? ¿Para qué
el equipaje lleno hasta los bordes,
los domingos sin rastro, las miradas
de odio, el desaliento, los puñales,
los embustes, la bruma, los paraguas?
¿por qué no me avisaron de que nada
era tan importante? ¿Para qué tanto miedo
al álgebra, a la luna, tanto amor asustado,
tanto dolor cargado a las espaldas?
Pues si esto era la vida,
lo cierto es que no había para tanto.

Arena en los ojos. Del libro "Doméstica", Julio Rodríguez.

A mi abuela Angelines, que tanto quiso a su hermano.

I

Oviedo (Asturias), noviembre de 1937

Debido sin duda a las conversaciones que sobre política siempre hubo en mi casa, estos temas me preocupaban, e intentaba siempre estar al día de lo que ocurría en España. Padre siempre fue hombre de derechas. Madre nunca se preocupó mucho por la política, pero siempre asentía con la cabeza cuando Padre daba su opinión y a todo decía amén. Como durante los primeros años de nuestras vidas nos criamos en las montañas, en las estaciones de tren, en ambientes campesinos y conservadores, y muy aislados en todos los sentidos de ideas más modernas o progresistas, era difícil tener otra opinión distinta a la de Padre.

Recuerdo un día en que Luis, que contaría once o doce años, le había ido a llevar la comida al capataz de la mina de La Mortera porque Paco, que siempre se la llevaba, estaba indispuesto con mucha calentura y Madre no lo dejó ir. Luis volvió entusiasmado y nos contó a Constante y a mí que el capataz le había dicho que los campesinos y los obreros íbamos a dejar de trabajar tan duro, y que los señores iban a compartir nuestro trabajo, y que existía la posibilidad de que todos fuéramos iguales. Que en Rusia ya funcionaba ese sistema, y que no había rey ni religión, y que todos eran felices. A mí me pareció un disparate lo de Rusia. ¿Cómo podían vivir sin rey y sin religión? Se lo contó a Padre, y Padre le arreó un muletazo. Al día siguiente, que

tuvo que volver a llevarle la comida al capataz, padre le acompañó. Luis me contó que cuando llegaron allí Padre y el capataz tuvieron una fuerte discusión, al final de la cual padre amenazó que si volvía a meterle en la cabeza esas pamplinas a alguno de sus hijos le denunciaría al ingeniero.

Todos los hermanos nacimos a lo largo de la vía del tren entre Campomanes y Pajares. Conforme padre iba ascendiendo de puesto en la compañía, nos íbamos acercando más al valle, donde las temperaturas eran más suaves en invierno y la vida algo más placentera. Su primer destino fue Pajares, la estación más alta de Asturias. Allí nacimos los siete primeros hijos. Al encontrarse la escuela en el pueblo, carretera abajo, a dos kilómetros de distancia, en los meses de invierno se nos hacía muy difícil acudir a las lecciones de don Benigno, el maestro. En el pueblo se encontraban además el juzgado y la iglesia, y por él pasaba la carretera a Madrid. Hubo dos inviernos que fue tal la cantidad de nieve que cayó que hicimos túneles de una casa a otra para comunicarnos, y podíamos tirarnos por las ventanas del primer piso para salir, con gran regocijo por nuestra parte, pero que madre encontró de lo más temerario y nos prohibió hacerlo en cuanto se enteró. Recuerdo el año que bautizamos a Pepe, en pleno mes de noviembre, y el caballo que tiraba del trineo que nos transportaba al pueblo carretera abajo se desbocó; yo creo que porque oyó aullar a los lobos. Salimos despedidos todos por los aires y del impacto quedamos encajados en la nieve, cada uno en una dirección. Cuando hicimos recuento vimos con gran sofoco que faltaba el bebé. Por fin, tras mucho buscar entre los matorrales que asomaban entre el blanco manto, al levantar el trineo, apareció Pepe, dormido como un bendito, indemne.

Vivíamos toda la familia en las casillas que la compañía ponía al servicio de los empleados, que eran todas idénticas y jalonaban la vía del tren como cuentas de un rosario, prácticamente a la orilla de los raíles. Visto desde la perspectiva de los años, me fascina pensar que no hubiera

más accidentes, que ninguno de nosotros muriera atropellado por un tren. Aunque cerca estuvo de ocurrir. Mi tía Carmen siempre cuenta cómo un día, estando ella al cuidado de Paco y mío, cuando él contaba cuatro años y yo apenas dos, en un descuido suyo Paco salió de la casa. Cuando más entretenido estaba jugando con unos caracoles en mitad de la vía, llegó una locomotora aislada. El maquinista, que vio a Paco, comenzó a pitar para advertir al niño, pero él estaba ensimismado en su juego. Paró la máquina. El maquinista se bajó, tomó a Paco en brazos y llamó a la puerta de la casilla, entregándoselo a mi tía. Ella le propinó un par de azotes pero yo creo que había que habérselos dado a ella, dada la corta edad de Paco, ya que era ella al fin y al cabo quien estaba a cargo del niño.

En las casillas teníamos una cocina con un lar en el suelo, y una sala ocupada por una mesa muy grande con bancas donde, cuando por fin fuimos a vivir a Campomanes, que ya éramos trece hermanos, teníamos que tomar turnos para comer. Era tal el desbarajuste que Matías y Manolo, los más pequeños, algunos días comían dos veces; no sé muy bien si por despiste de Madre, por malicia, o por no entender ellos el sistema de los turnos. Las casillas no tenían agua corriente, que había que traerla de una fuente, y esta, a veces, se encontraba a un kilómetro de la casa. Ese era el trabajo de mis hermanas y mío, así como ayudar a mi madre en labores de casa y atender el pequeño huerto que teníamos. Yo creo que el trabajo más duro de todos era lavar la ropa, que había que cargar hasta el lavadero, lavar, enjuagar y retorcer bien para que no pesara tanto a la vuelta. En invierno el agua del lavadero algunos días se congelaba y había que romper la fina capa de hielo con piedras. Las manos se nos ponían rojas y se nos hinchaban y nos salían sabañones. En casa Madre nos daba friegas con ajo y cebolla. A veces llorábamos de dolor. Era un trabajo en verdad muy duro. Otra cosa que aborrecíamos era fregar, porque éramos muchos en casa, y había que asegurarse de que no te quedabas sin agua a mitad de la faena. Angelines, que era la más cabezona y mandona de todas, cuando

le tocaba fregar, nos obligaba a comer todo en el mismo plato, hasta a beber la leche, a lo *probe*, y así tener que fregar menos. Le pusimos el mote de *La Ministra*, porque mandaba más que un teniente general.

Cuando vivíamos en Pajares muchas veces los trabajadores del cantón de padre dejaban por la mañana sus bolsas colgadas de un clavo que había en la puerta de casa y a la hora de la comida entraban para calentar su tartera en el lar. Mis hermanos, Paco, Constante y Luis, a hurtadillas, iban a las tarteras, metían la mano y sacaban un trozo de tortilla, o de jamón, o de pan. Pero alguno se dio cuenta y advirtió a Madre. Al principio lo negaban todo, hasta que intervino Padre, y cuando cantó la gallina y se supo la verdad les valió unos cuantos muletazos. Nunca más se volvió a repetir. En otra ocasión, cuando vivíamos en Linares del Puerto, fueron los más pequeños, Mariano, Cesáreo y Pepe, los que idearon cómo comer algo más de lo que les correspondía. Como teníamos un cerdo en casa, cuando había matanza, había todo tipo de embutidos que Madre, con muy buen criterio, guardaba en un cuarto, cuya llave llevaba colgada del cuello. Pero mis hermanos, siendo como eran de lo más traviesos, se las ingenieron para hacer un gancho que metían por uno de los ventanucos de ventilación y así alcanzar los chorizos que colgaban de las vigas dándose el consabido festín. Cuando se enteró Padre del hurto les arreó unos cuantos muletazos en las posaderas, lo cual les impidió sentarse durante bastantes días.

Rondaría el año 1925 cuando Paco, Luis y yo nos vimos obligados a ir a vivir a Oviedo. Luis se había escapado del seminario de Valdediós. El tío Manolo había visto en él condiciones para afrontar los estudios de bachillerato, y para allá que lo mandaron. A los cuatro años apareció en la puerta de la casa de Padre y Madre en Campomanes. Dijo que no volvería jamás. Que esa vida no era para él. Madre se disgustó mucho y le rogó que se aplicara, que tomara ejemplo de Constante, que estaba en Valladolid, con los Dominicos, deseando entrar al servicio de Dios. Pero Luis se negaba, y, ante la negativa, Padre le buscó un puesto

como aprendiz de fogonero en los talleres de la Estación del Norte de la capital. Por esa misma época, Paco había sido nombrado factor auxiliar en la estación de Oviedo, en donde además del servicio a la compañía, hacía y simultaneaba el servicio militar, de cuota, que padre y madre pagaron con gran sacrificio para que no dejara de trabajar. Fue de esta manera que yo tuve que ir con ellos a la ciudad, para atenderlos. Padre y Madre tenían que ayudar a pagar el alquiler de la casa donde vivíamos, en la carretera del Naranco, porque con lo que mis hermanos ganaban no llegaba. Paco trabajaba dieciséis o dieciocho horas diarias, y Luis doce o catorce, incluso algún domingo, así que como podrá deducirse yo casi no los veía. Yo les preparaba el desayuno y las tarteras para ir a trabajar y arreglaba la casa, que era muy pequeña. Si había mercado, iba a comprar, aunque madre siempre me mandaba en el tren la lechera y algún producto del campo: unas cebollas, manzanas o patatas o nabos. Siempre me quedaba mucho tiempo libre, algo a lo que no estaba acostumbrada debido a que, cuando estaba en casa de Madre y Padre éramos quince a atender.

Hay que decir que Luis y Paco eran completamente opuestos. Paco, sin dejar de ser un buen hombre, un buen hermano, carecía sin embargo de sentido del humor, no tenía amigos, ni le gustaban las bromas. Era muy serio, lo cual yo creo, obedecía a la vida que llevaba, de muy pocas relaciones humanas y sociales, dada la dedicación excesiva a su trabajo y ocupaciones. Luis era otra cosa. Siempre estaba de buen humor y en seguida había encajado entre sus compañeros en el depósito de máquinas. Al principio de nuestra llegada, siempre iba a casa para cenar. Yo intentaba preparar comidas que le gustasen con los escasos medios a mi alcance, porque disfrutaba mucho comiendo. No era raro el día que me traía alguna cosa y me decía: "Mira, Pura, lo que te he conseguido"; un periódico del día para que lo leyera, unas flores que había cortado subiendo por la carretera a casa, unos huevos frescos que le había regalado alguna admiradora. Porque hay que decir que Luis era un

adulador y siempre pegaba la hebra con alguna, lo cual, a veces, le hacía llegar tarde a casa a cenar. En una ocasión, en que el presidente de una fábrica de chocolate había visitado los talleres, me trajo un bloque de cacao de al menos una libra, y durante casi una semana desayunamos los tres como señores, un chocolate caliente delicioso. Luis empezó a dejar de venir a casa para cenar. Como le pregunté que dónde iba, ya que sabía que no tenía ningún vicio y, en cualquier caso, no tenía dinero para pagárselos, me contestó que acudía a las reuniones del sindicato de ferroviarios, en el que le había introducido un amigo suyo llamado Juan. Yo no les dije nada a este respecto ni a Paco ni a Padre por miedo a que hubiera algún problema; y, aunque yo no sé discurrir muy bien de política, sin embargo sabía que aquellas reuniones iban en contra de lo que los buenos españoles considerábamos sacrosanto: Dios, patria y rey.

Y como ya he dicho, viviendo los tres de esta manera durante casi dos años, yo tenía mucho tiempo libre. Al principio, lo empleé en conocer la ciudad. Me dediqué a recorrer sus calles, entrar en sus iglesias, mirar a la gente que iba y venía. Yo siempre disfrutaba con el bullicio. Por la calle Uría, me maravillaba viendo los palacetes que, como un collar de hermosas cuentas, adornaban aquella enorme vía principal de la ciudad; a las señoras elegantes que habitaban en ellos; a los limpiabotas que estaban apostados en cada esquina; los autos, los tranvías, los vendedores con sus cestas, con sus burros y mulas cargados de género. Cuando pasaba por el café Peñalba, miraba mi reflejo en las enormes cristaleras. En muchas ocasiones, si necesitaba tranquilidad, entraba en la catedral y me sentaba en un banco a observar aquella obra magistral de la humanidad. Los días de mercado, la ciudad se veía inundada por una marea de aldeanos que llegaban a vender sus productos. En la plaza adyacente a los soportales de El Fontán, se instalaban los madreñeros, los navajeros, los que traían quesos frescos y huevos, loza, las verduleras, los chatarreros, todos dispuestos en improvisados puestos. Si llovía, que

era normal, se escondían bajo un manto de paraguas negros y sombrajos blancos.

Algún domingo, mis hermanas Angelines y Maruja obtenían permiso de Madre para venir de visita en tren, que era gratis por ser hijas de empleado. Si el día era soleado, íbamos a pasear al Campo de San Francisco. Pasábamos por delante del Casino y de la Casa de las Fieras, aunque en aquella época nunca llegamos a entrar. Si coincidía con un domingo que Luis no trabajaba, la diversión era mayor. Luis nos hacía reír a las tres. A veces le paraba un hombre por la calle, alguien que él conocía del taller, y le decía: "¡Montero, qué bien acompañado se te ve!", y nosotras nos poníamos coloradas cuando explicaba que nos había sacado del Café Cantante porque éramos demasiado guapas para trabajar allí. Entonces Angelines, que tiene muy mal genio, sacaba al hombre de su error y le decía que éramos sus hermanas, y Luis se moría de la risa viéndola tan enfadada. Paco nunca venía con nosotros porque aprovechaba para ir a cortejar a su novia en La Cobertoria.

Un día una vecina, que sabía que tenía tiempo libre, me dijo que en el hospital de Llamaquique, que está en la parte alta del Campo de San Francisco, estaban buscando muchachas interesadas en aprender los rudimentos de auxiliar de enfermería, que solamente se necesitaba saber leer y escribir y tener buena disposición. Me presenté en el hospital, y al principio nos tuvieron haciendo muchas labores de limpieza, cambiando camas, lavando ropa; yo creo que para ver quiénes eran las más dispuestas. Yo no tenía nada mejor que hacer, al estar mis dos hermanos todo el día fuera de casa, así es que no me quejaba. Al cabo de dos meses nos permitieron la entrada en las salas donde estaban los pacientes y nos pidieron que observásemos el trabajo de las enfermeras profesionales. Yo tuve mucha suerte porque me tocó con una enfermera de Avilés que se llamaba sor Encarnita y que la pobre murió cuando los rojos bombardearon el hospital durante la guerra. Sor Encarnita era muy buena, sus pacientes la adoraban. Me enseñó cómo tratar las cajitas metálicas que contenían las jeringas, tijeras

y otros instrumentales necesarios para realizar curas, cómo limpiarlos y desinfectarlos, cómo colocar las cuñas de los pacientes. Viendo que no era aprensiva ni me asustaba la sangre, le pidió permiso al jefe de sala para enseñarme algo más, lo cual fue permitido. Con ella aprendí a limpiar una herida abierta y cómo desinfectarla y cubrirla. Aunque nunca me permitió realizar puntos de sutura, yo observé infinitas veces cómo ayudaba al médico cuando se los daba a los pacientes y, luego, cómo se los quitaba, y estaba segura de que podría cerrar una herida de esta manera sin ningún problema. Pero mi estancia como aprendiz en el hospital iba a durar poco. Habiendo sido Padre ascendido a sobrestante en la estación de Oviedo, toda la familia se mudó a vivir allí casi dos años después de que Paco, Luis y yo llegáramos a la ciudad. Por el puesto que ocupaba Padre en la compañía, le fue ofrecida una casa junto a la estación. Allí nos mudamos todos, menos Paco, que acababa de casarse, y Constante, que vivía en Valladolid, en el seminario. De nuevo volvía a tener que atender una familia de trece miembros, además de la vaca, los dos cerdos y las gallinas que teníamos en una cuadra junto a la casa, y un cuadro donde plantamos cebollas, patatas, berzas y otros alimentos de necesidad. Como mi trabajo en el hospital estaba peor pagado que el de un mozo de estación, y Madre consideraba un disparate que echara tantas horas allí, decidí buscarme un trabajo mejor y entré como dependienta por las mañanas junto con mi hermana Maruja en unos almacenes de la calle Cimadevilla. Por las tardes, me dedicaba a ayudar a Madre y a mis hermanas con las labores de casa. Yo tenía la intención de continuar con mis visitas al hospital por las noches, después de terminar con las labores de casa, pero Madre no me lo permitió. Me tuve que despedir de mi aprendizaje en el hospital. ¡Qué poco me imaginaba yo entonces que iba a utilizar con tan buen provecho todo lo aprendido con sor Encarnita!

Porque en España la marcha de los acontecimientos iba de mal en peor. Yo admiraba a los hombres que defendían lo que constituyen los pilares de nuestra civilización.

Me asustaba ver que el país estaba caminando por derroteros peligrosos. Y efectivamente, llegó la dictadura de Primo de Rivera. Yo estaba entusiasmada con las leyes que este gran español dio. Daba gloria ver cómo andaban de derechos los españoles. Pero como las cosas buenas en España nunca duran, efectivamente, sucedió lo que tenía que pasar: el rey, queriendo formar un gobierno, convocó elecciones municipales, y después para elegir diputados. Unas elecciones municipales bastaron para quitar la monarquía y que se proclamase la república. Esto se hizo tranquilamente, que era la admiración del extranjero.

Cuando llevábamos dos años viviendo todos en Oviedo fue cuando se declaró la república, y acto seguido se eligieron las cortes constituyentes, y aquí empezó a verse la clase de república que habían proclamado. Hicieron una constitución que hería los sentimientos más sagrados de todo español, la más ignominiosa que se ha conocido: contra la religión y contra la familia. Una vez aprobada, se celebraron elecciones y ganó la izquierda.

Como la mujer es más sensible a las cosas que el hombre, y como una de las causas más sagradas de la mujer es la religión, donde ella encuentra el consuelo para sus penas y el valor para afrontar las contrariedades, cuando la mujer vio que le arrebataban esta, y que en adelante no podría, con libertad, irse a la iglesia, se dispuso con todas sus energías a defender la idea santa. Y, en su afán de quitar a las mujeres las cualidades que tienen todas, queriéndolas hacer como ellos, los de izquierdas les dieron los mismos derechos que a los hombres, entre los que figuran el poder votar. ¡Qué contentas nos pusimos al ver que podíamos con nuestro voto dar la batalla! En las siguientes elecciones nuestro esfuerzo se vio coronado con la victoria de las derechas. Pero los obreros, envenenados por los comunistas, que querían ver su ideología implantada en España, se aprestaron a la lucha para echar al nuevo gobierno. A una señal, que de antemano habían puesto, se lanzaron a la huelga revolucionaria del 34, que tuvo caracteres graves en

los centros industriales donde la autoridad estaba en manos de los partidos de izquierdas.

Como ya es sabido, nosotros vivíamos junto a la estación. A la media noche del 4 de octubre de aquel año de 1934 se levantaron los obreros. Padre prestaba servicio de noche ese día. A altas horas de la misma se presentaron varios individuos con armas y bombas de mano, diciéndole que había estallado la revolución y que no circularía ningún tren hasta que ellos lo ordenasen. Y para mayor seguridad de ellos, arrancaron los aparatos telefónicos para que no se pudiera comunicar y le exigieron a Padre que él y cuantos estaban allí entregaran las armas. Padre les contestó que no tenía armas, ni él ni ninguno de los que allí estaban, pero ellos insistieron que sí las tenía como todos los de derechas, como así le consideraban. Padre volvió a negar que tuviera armas y ahí quedó todo. Y aunque no estaban del todo convencidos, salieron de allí para dirigirse a otros puntos de la estación para asegurarse de que esta quedaba sin comunicación. Entonces Padre preparó un telegrama y le dijo a un mozo de agujas que era de su confianza que lo llevara a la telefónica para comunicar de lo ocurrido a la jefatura, que ningún tren debía ser recibido ni expedido. Pero cuando este se dirigía a la telefónica fue interceptado por los revolucionarios en el camino, y el mozo, a punta de pistola, les contó que Padre le había mandado, por lo que ellos se presentaron en la oficina de Padre otra vez y le pusieron contra la pared con las manos en alto durante un buen rato, al cabo del cual apareció por allí el jefe de los revolucionarios del comité ferroviario. No era otro que Juan Ambou.

En mi casa conocíamos bien a Juan. Era compañero de Luis en el taller y su familia vivía muy cerca de nuestra casa. Era un hombre bien parecido, con el pelo claro y los ojos azules, bastante alto y delgado. Todo el mundo le conocía en el barrio de La Argañosa y, he de decir, se le tenía mucho aprecio. En mi casa siempre era bienvenido a pesar de que Padre y Madre sabían que era muy rojo. Aunque no veían bien la amistad de Luis y Juan, sin embargo, nada po-

dían hacer para detenerla. Madre siempre le pedía a Luis que rezara y que se aplicara bien en el taller y dejara las reivindicaciones de los obreros para otros, que la única manera de medrar era trabajar duro y dejarse de lecturas políticas que sólo le llenaban la cabeza de humo. Padre siempre hablaba de política en la mesa, creo yo con la esperanza de quitarle la venda de los ojos a mi hermano Luis, pero como llegara un momento en que las ideas de Luis eran irreconciliables con las de Padre y mis otros hermanos, Madre prohibió que se hablase del tema. Juan venía por casa todos los jueves por la tarde a recoger a Luis camino del Ateneo Obrero del Ferrocarril, que él había fundado. Allí se reunían unos cuantos hombres y hablaban de política y hacían lecturas de libros y comentaban las noticias del diario, mientras fumaban y bebían. Mi hermana Anita, que era muy coqueta, siempre estaba en el portal de la casa cuando llegaba Juan. Todas sabíamos que ella lo encontraba muy guapo, pero Juan la trataba como a una niña, que es lo que era, y él siempre le preguntaba por Angelines. “¿Hoy tu hermana tampoco está?”, preguntaba en voz alta, porque sabía que estábamos todas escuchando detrás de la puerta. Y Anita, que era un poco descarada, le contestaba: “No. Angelines está en la iglesia, rezando por la salvación del alma de los comunistas”. A lo que él contestaba aún más alto: “Me agrada. Eso quiere decir que al menos quiere el bien para mí. Dile a tu hermana que si este domingo no tiene que rezar me la llevo a la Asunción, si quiere y si tiene permiso de tu padre.” Y Angelines se ponía colorada detrás de la puerta. Ella decía que no quería tener un novio rojo que no la dejara ir a la iglesia ni rezar y, además, sabía que Juan tenía muchas novias y admiradoras y, más aún, no le agradaba a Padre ni a Madre. Angelines siempre fue muy cabezota.

En la noche en que estalló la revolución, cuando Juan reconoció a Padre y vio que estaba contra la pared, las manos en alto, y que un revolucionario le apuntaba con un fusil, inmediatamente ordenó que lo dejaran en libertad. Se echó a un lado y le aconsejó en casi un susurro que se

fuera para casa y se encerrara allí; que metiera a la familia en el sótano y que esperara el desarrollo de los acontecimientos. Padre le dio las gracias, mirándole a la cara, y le preguntó por Luis. Juan contestó: "Luis no está involucrado; al menos, no activamente, ya que no pertenece al partido. Ha realizado labores de propaganda y agitación antes del levantamiento, nada más. No tiene armas. Está en casa con los demás". La alegría que sintió padre al oír aquellas noticias, según nos contó, no se podía describir. Cuando llegó a casa nos ordenó a todos que bajáramos al sótano y nos resguardáramos allí. Desde las ventanas de la sala, en el primer piso, Padre y mis hermanos construyeron una suerte de mirador, parapetados con mantas y colchones. Los tiros cada vez se oían más cerca de la casa, y no sólo tiros; también se oían bombas. Cada hora que pasaba, nuevas explosiones y más fuertes. Luis no aguantó más y salió de casa, en contra de la voluntad de Padre y a pesar de las lágrimas de Madre. Nos dijo que no nos preocupásemos, que no nos pasaría nada. Mis hermanos también quisieron salir, pero Padre se lo prohibió terminantemente. Al fin y al cabo eran bastante más jóvenes. Padre, a pesar de las protestas de Madre, mandó al mayor de los hermanos, a Pepe, que entonces contaba 15 años, a la estación a ver qué ocurría, si había noticias. Regresó Pepe sano y salvo, gracias a Dios, al cabo de una hora. Había ido a la estación, y allí había visto a Cagancho, un amigo de Luis del taller. Le dio noticias de Luis, que estaba en el almacén de la estación al cuidado de la intendencia, lo cual nos tranquilizó mucho, y también de que los revolucionarios se habían hecho con la ciudad, y de que en las cuencas mineras imperaba el poder obrero. Esto nos descorazonó de tal manera que comenzamos a rezar el santo rosario, como hacíamos por las noches todos juntos. Pasaron dos días y las bombas se oían cada vez más cerca. Por encima de los edificios de Uría, se veían espesas columnas de humo negro, había cadáveres tendidos en las calles. Un día de madrugada, cuando nos encontrábamos todos durmiendo en el sótano, una bomba entró por el tejado de la cuadra y explotó. La cuadra estaba va-